

La *Christifideles laici* a la luz de la *Evangelii gaudium*

Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar 2014

Vigilia de Pentecostés



© Editorial EDICE

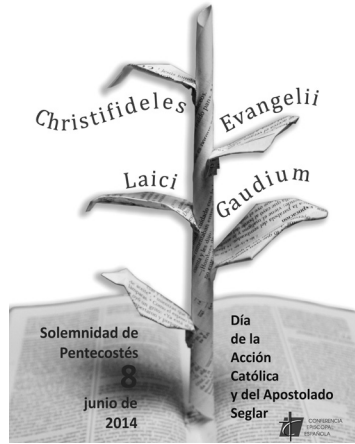
Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-14271-2014



VIGILIA DE PENTECOSTÉS

Ambientación

Al conmemorar los 25 años de la exhortación de san Juan Pablo II sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo *Christifideles laici*, en esta vigilia de Pentecostés, a la vez que invocamos al Espíritu Santo, dirigimos al Padre nuestra acción de gracias por la figura de este santo papa que legó a la Iglesia tan decisivo magisterio.

La relectura de la *Christifideles laici*, tal como reza el lema de esta Jornada del Apostolado Seglar y de la Acción Católica, la efectuamos a la luz de la reciente exhortación *Evangelii gaudium*, del papa Francisco. Redescubrir y profundizar en la vocación y misión de los laicos, que no es otra que la del anuncio alegre del Evangelio en el mundo actual. Dos documentos del magisterio pontificio que, de distintas maneras, nos exhortan a mantener viva la conciencia de la misión evangelizadora de quienes, por el bautismo y la confirmación, estamos llamados a ser apóstoles.

Comenzamos este espacio celebrativo con dos textos, tomados de sendas exhortaciones, que nos invitan a apreciar el insustituible protagonismo del Espíritu Santo, a quien hoy, de una manera especial, vamos a invocar.

«El Espíritu Santo “unge” al bautizado, le imprime su sello indeleble y lo constituye en templo espiritual; es decir, le llena de la santa presencia de Dios gracias a la unión y conformación con Cristo (...). De esta manera, mediante la efusión bautismal y crismal, el bautizado participa en la misión de Jesús el Cristo, el Mesías salvador» (ChL, n. 13)

«Para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo, porque Él “viene en ayuda de nuestra debilidad” (Rom 8, 26). Pero esta confianza generosa tiene que alimentarse y para eso necesitamos invocarlo constantemente (...). No hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!» (EG, n. 280).

Canto

Ven, Espíritu de Dios, sobre mí;
me abro a tu presencia,
cambiarás mi corazón. (2)

Toca mi debilidad,
toma todo lo que soy.
Pongo mi vida en tus manos
y mi fe.

Ven, Espíritu de Dios, sobre mí;
me abro a tu presencia,
cambiarás mi corazón. (2)

Poco a poco llegarás
a llenarme de tu luz.
Tú cambiarás mi pasado,
cantaré.

Ven, Espíritu de Dios, sobre mí;
me abro a tu presencia,
cambiarás mi corazón. (2)

Escuchamos la Palabra de Dios

Lectura de la Primera Carta del apóstol san Pablo a los Corintios 12, 3b-7. 12-13.

«Hermanos: nadie puede decir “Jesús es Señor”, sino por el Espíritu Santo.

Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común.

Pues, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo.

Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu».

Palabra de Dios

Comentario a la Palabra

«El Espíritu Santo no solo confía diversos ministerios a la Iglesia-comunión, sino que también la enriquece con otros dones e impulsos particulares, llamados carismas. Estos pueden asumir las más di-

versas formas, sea en cuanto expresiones de la absoluta libertad del Espíritu que los dona, sea como respuesta a las múltiples exigencias de la historia de la Iglesia (...). Sean extraordinarios, sean simples y sencillos, los carismas son siempre gracias del Espíritu Santo que tienen, directa o indirectamente, una utilidad eclesial, ya que están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo. Incluso en nuestros días no falta el florecimiento de diversos carismas entre los fieles laicos, hombres y mujeres. Los carismas se conceden a la persona concreta; pero pueden ser participados también por otros y, de este modo, se continúan en el tiempo como viva y preciosa herencia, que genera una particular afinidad espiritual entre las personas» (ChL, n. 24)

Secuencia de Pentecostés

Antífona cantada: **Envía, Señor, tu Espíritu; que renueve nuestros corazones.**

Ven, Espíritu Divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre,
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,

si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

Antífona cantada: **Envía, Señor, tu Espíritu; que renueve nuestros corazones.**

Lectura del santo evangelio según san Juan 17, 1-2. 15-21

«Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo:

“Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti y, por el poder que tú le has dado sobre toda carne, dé la vida eterna a todos los que le has dado.

No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y

yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado”».

Palabra del Señor.

Comentario al evangelio

«La Iglesia, en efecto, vive en el mundo, aunque no es del mundo, y es enviada a continuar la obra redentora de Jesucristo; la cual “al mismo tiempo que mira de suyo a la salvación de los hombres, abarca también la restauración de todo el orden temporal”» (AA, n. 5).

Ciertamente, todos los miembros de la Iglesia son partícipes de su dimensión secular; pero lo son de formas diversas. En particular, la participación de los fieles laicos tiene una modalidad propia de actuación y de función que, según el concilio, “es propia y peculiar” de ellos. Tal modalidad se designa con la expresión “índole secular” (LG, n. 31).

«De este modo, el “mundo” se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre en Cristo. El Concilio puede indicar entonces cuál es el sentido propio y peculiar de la vocación divina dirigida a los fieles laicos. No han sido llamados a abandonar el lugar que ocupan en el mundo. El bautismo no los quita del mundo (...). La condición eclesial de los fieles laicos se encuentra radicalmente definida por su novedad cristiana y caracterizada por su índole secular» (ChL, n. 15)

Recepción de dones

Presidente: Recibid el don del Espíritu Santo de la sabiduría. Por él saborearéis y gustaréis lo que Dios es y obra, su amor derramado preferentemente a los más pobres. Por este santo don aprenderéis a gustar la experiencia de Dios que es Padre y quiere que vivamos como hermanos.

Todos: cantamos:

Espíritu Santo, ven, ven.
Espíritu Santo, ven, ven.
Espíritu Santo, ven, ven,
en el nombre de Jesús.

Presidente: Recibid el don del Espíritu Santo de la inteligencia. Por él entenderéis la Palabra de Dios hasta su más profunda entraña y nada de su sentido se os escapará. Por él descubriréis cuál es la voluntad del Padre y trabajaréis para que se haga realidad en vuestra vida y en el mundo. Sentiréis arder vuestros corazones al entender las Escrituras, como los discípulos de Emaús.

Todos cantamos: Espíritu Santo, ven, ven...

Presidente: Recibid el don del Espíritu Santo del consejo. Por él podréis realizar el discernimiento cristiano para el seguimiento de Jesucristo. Por él podréis orientar a todo el que lo necesitare en los caminos de Dios, y daréis cumplida razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere.

Todos cantamos: Espíritu Santo, ven, ven...

Presidente: Recibid el don del Espíritu Santo de la fortaleza. Por el recibiréis la fuerza de lo alto, que os mantendrá firmes y fuertes en la tarea de la evangelización de los pobres y la defensa de sus derechos, que a veces se realiza en la adversidad.

Todos cantamos: Espíritu Santo, ven, ven...

Presidente: Recibid el don del Espíritu Santo de la ciencia. Por él conoceréis los misterios de Dios, sus designios y proyectos para vosotros y la historia, un mundo donde podamos vivir como hermanos y donde todos quepamos. Así andaréis seguros por el camino del amor, de la justicia y de la paz.

Todos cantamos: Espíritu Santo, ven, ven...

Presidente: Recibid el don del Espíritu Santo de la piedad. Por él sabréis lo que sois: ¡hijos de Dios!. Por él sentiréis que no habéis recibido un espíritu de siervos para recaer en el temor, sino un Espíritu de hijos, que os hace hermanos de todos los seres humanos. Por él encontraréis la palabra que grita en vosotros la paternidad de Dios: ¡*Abba!*, ¡Padre!.

Todos cantamos: Espíritu Santo, ven, ven...

Presidente: Recibid el don del Espíritu Santo del temor de Dios. Por él valoraréis más y mejor la acción de la gracia dentro de cada uno de vosotros. Cómo sentir la presencia del Espíritu en vuestro interior a modo de un templo. Por él huiréis del pecado, de lo que os haga desistir de la tarea de la construcción del reino de Dios en medio del mundo.

Todos cantamos: Espíritu Santo, ven, ven...

Oración (extraída de la oración final que presenta *Christifideles laici*)

Oh, Virgen santísima,
madre de Cristo y madre de la Iglesia,
con alegría y admiración
nos unimos a tu *Magnificat*,
a tu canto de amor agradecido.

Contigo damos gracias a Dios,
«cuya misericordia se extiende
de generación en generación»,
por la espléndida vocación
y por la multiforme misión
confiada a los fieles laicos,
por su nombre llamados por Dios
a vivir en comunión de amor
y de santidad con él
y a estar fraternalmente unidos
en la gran familia de los hijos de Dios,

enviados a irradiar la luz de Cristo
y a comunicar el fuego del Espíritu
por medio de su vida evangélica
en todo el mundo.

Tú, que junto a los apóstoles
has estado en oración
en el cenáculo
esperando la venida del Espíritu de Pentecostés,
invoca su renovada efusión
sobre todos los fieles laicos, hombres y mujeres,
para que correspondan plenamente
a su vocación y misión,
como sarmientos de la verdadera vid,
llamados a dar mucho fruto
para la vida del mundo.

Virgen Madre,
guíanos y sostennos para que vivamos siempre
como auténticos hijos e hijas
de la Iglesia de tu Hijo
y podamos contribuir a establecer sobre la tierra
la civilización de la verdad y del amor,
según el deseo de Dios
y para su gloria. Amén.

Canto final

Nos envías por el mundo a anunciar la Buena Nueva (bis).
Mil antorchas encendidas y una nueva primavera (bis).

Siendo siempre tus testigos cumpliremos el destino (bis).
Sembraremos de esperanza y alegría los caminos (bis).

Eucaristía

Monición de entrada

Hoy es Pentecostés, fiesta final del tiempo de Pascua. Afirmación de fe en la acción del Espíritu Santo vivificador en nosotros, en la Iglesia y en el mundo. Y en este día celebramos la Jornada de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, en el contexto de los 25 años de la exhortación apostólica del santo papa Juan Pablo II *Christifideles laici*, sobre la vocación y misión de los laicos.

El Espíritu sacudió, como un vendaval, a los primeros discípulos, y les impulsó a ser anunciadores de la Buena Noticia de Jesús. También en nuestros días, como nos recuerda el papa Francisco en su exhortación *Evangelii gaudium*, este mismo Espíritu nos capacita a todos los creyentes para ser, en medio del mundo, testigos de la alegría del Evangelio.

Participemos, gozosos, en la eucaristía que ahora comienza.

Canto

El Señor os dará su Espíritu Santo;
ya no temáis, abrid el corazón,
derramará todo su amor.

Él transformará hoy vuestra vida,
os dará la fuerza para amar.
No perdáis vuestra esperanza,
Él os salvará.
Él transformará todas las penas,
como a hijos os acogerá,
abrid vuestros corazones a la libertad.

Fortalecerá todo cansancio
si al orar dejáis que os dé su paz.
Brotará vuestra alabanza,
Él os hablará.

Os inundará de un nuevo gozo
con el don de la fraternidad.

Abrid vuestros corazones a la libertad.

Aspersión

(Según el rito propio del tiempo)

Canto

Oh, hay que nacer del agua.
Oh, hay que nacer del Espíritu de Dios.
Oh, hay que nacer del agua
y del Espíritu de Dios,
hay que nacer del Señor (bis).

(Otros cantos posibles: «Un solo Señor», «Agua, lávame»)

Monición a las lecturas

La Palabra que vamos a escuchar pone de relieve la fuerza transformadora del Espíritu. El Espíritu es quien fortalece a los discípulos, ilumina sus mentes, pone palabras de vida en sus bocas y ardor para salir al mundo a proclamarlo. Hoy ese mismo Espíritu sigue suscitando apóstoles para nuestro mundo. Escuchemos con atención, es Dios mismo quien nos habla.

Ideas para la homilía

El mejor don que nos ha hecho Jesús es su Espíritu. El Espíritu de la verdad y de la vida, de la alegría y de la esperanza. El Espíritu cambió aquella comunidad primera, pasaron del miedo al coraje y la fuerza. Todos necesitamos una especie de sacudida interior que nos despierte y nos quite el miedo a perder nuestras falsas seguridades, al cambio, el miedo a salir a evangelizar. Necesitamos la fuerza del Espíritu para hacer posible esa imprescindible renovación eclesial a la que nos exhorta el papa Francisco:

«Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y

toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la auto-preservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas de vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad» (EG, n. 27).

El envío a la misión evangelizadora, no lo podemos vivir “por libre”. Es Cristo quien nos llama y envía, pero lo hace a través de la comunidad eclesial. Vivimos la comunión para la misión. Esta comunión eclesial encuentra una manifestación específica en el actuar asociado de los fieles laicos. San Juan Pablo II, en la exhortación apostólica que dirigió a la Iglesia hace ahora 25 años, nos dice al respecto:

«El asociarse de los fieles laicos por razones espirituales y apostólicas nace de diversas fuentes y responde a variadas exigencias. Expresa, efectivamente, la naturaleza social de la persona, y obedece a instancias de una más dilatada e incisiva eficacia operativa (...). Por otra parte, sobre todo en un mundo secularizado, las diversas formas asociadas pueden representar, para muchos, una preciosa ayuda para llevar una vida cristiana coherente con las exigencias del Evangelio y para comprometerse en una acción misionera y apostólica. Más allá de estos motivos, la razón profunda que justifica y exige la asociación de los fieles laicos es de orden teológico, es una razón eclesiológica, como abiertamente reconoce el Concilio Vaticano II cuando ve en el apostolado asociado un “signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia de Cristo”» (ChL, n. 29).

El reto de nuestra Iglesia es hacer audible y visible hoy en el mundo el Evangelio de Cristo. Y eso solo es posible con una comunidad unida, coherente en el amor y guiada por el Espíritu Santo. La Iglesia necesita un laicado asociado, consciente de su vocación y misión

en el mundo; dispuesto a responder a cuantas llamadas el Señor, a través de su Iglesia, le dirija. A pesar de los 25 transcurridos desde entonces, resuenan en toda su frescura las palabras de san Juan Pablo II al final de su exhortación:

«Una grande, comprometedora y magnífica empresa ha sido confiada a la Iglesia: la de una *nueva evangelización*, de la que el mundo actual tiene una gran necesidad. Los fieles laicos han de sentirse parte viva y responsable de esta empresa, llamados como están a anunciar y a vivir el Evangelio en el servicio a los valores y a las exigencias de las personas y de la sociedad» (ChL, n. 64).

Oración de los fieles

En esta fiesta de Pentecostés, oremos a Dios Padre para que envíe su Espíritu, renueve su Iglesia y transforme al mundo entero, diciendo (o cantando): **Oh, Señor, envía tu Espíritu; que renueve la faz de la tierra.**

- Por la Iglesia, por los pastores y laicos, para que, unidos en comunión y en corresponsabilidad, respondamos a la llamada a evangelizar y hagamos presente la alegría del Reino. Oremos.
- Por los gobernantes de nuestro país, de nuestras ciudades y pueblos, para que trabajen sin descanso por la paz, la justicia y el bienestar de todos los ciudadanos. Oremos.
- Por la Acción Católica y por los demás movimientos y asociaciones de apostolado seglar, para que, promoviendo la responsabilidad de sus miembros en la tarea evangelizadora, formen cristianos capaces de dar respuesta desde la fe a los problemas que viven las personas de nuestro tiempo. Oremos.
- Por los más pobres de nuestro mundo: excluidos, refugiados, víctimas de la violencia y el terror, inmigrantes, parados...; para que su grito sea escuchado y provoque en nosotros una reacción de solidaridad y compromiso por la justicia. Oremos.

- Por quienes estamos celebrando esta eucaristía, para que el Espíritu nos ayude a sentirnos parte de la Iglesia, responsables en las tareas de anunciar y vivir con alegría el Evangelio. Oremos

Danos, Padre, tu Espíritu, que nos construya como comunidad de hermanos en la que Jesucristo sea anunciado y reconocido como Salvador. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Monición final de envío

El Espíritu lo es todo en la Iglesia, pero la Iglesia no es para sí misma, sino para el mundo. Está al servicio de la evangelización. Llamada a ofrecer el Mensaje y la Persona de Jesucristo, necesita de nuevos apóstoles.

Quienes hemos participado en esta celebración llevemos, con nuestro testimonio de vida y nuestras palabras, a Cristo a los diversos ámbitos donde se desarrolla nuestra vida. Que la fuerza del Espíritu Santo aliente siempre en nuestros corazones.

Sugerencia para los restantes cantos

Ofertorio: Espíritu Santo, ven en el nombre de Jesús.
 Ilumíname, Señor, con tu Espíritu.

Comunión: Ven, Espíritu de Dios, sobre mí.
 Bendigamos al Señor, Dios de toda creación.

Final: Id amigos por el mundo.
 Nos envías por el mundo.

